

LAS GUERRAS DE JUSTO

Francisco José Paoli Bolio

“Somos lo que está antes o lo que está después,
y al mismo tiempo lo que está antes y después.”

Miguel Ángel Asturias

Del Prólogo a *La Conjura de Xinum*

de Ermilo Abreu Gómez

Índice

- I. Memorias
- II. Agua de Augurios
- III. Adolescencia en Tabasco
- IV. Jacinto Pat, entre chilames y aluxes
- V. El naufragio
- VI. Bahía de la Mala Pelea
- VII. Lo que éramos, hablábamos y comíamos
- VIII. La conjura y el estallido
- IX. Somos un país de piedra y lágrimas
- X. Independencia política y primeros periódicos
- XI. El coronel Rosado
- XII. Misión a Washington
- XIII. Estados Unidos
- XIV. Confrontaciones de campechanos y meridianos

- XV. La misión ingenua y el encono de los combatientes
- XVI. Tratados de Tzucacab
- XVII. Triunfos indígenas, desolación criolla
- XVIII. *El Yucatán Bill*
- XIX. Las trifulcas de los jefes
- XX. *El Fénix y las cenizas*
- XXI. Chan Santa Cruz
- XXII. Declina la guerra
- XXIII. Trenzadas guerra y política
- XXIV. Capitulación
- XXV. Epílogo: desenlaces peninsulares

I Memorias

Querida Conchita, debo usar el tiempo que me queda para poner en claro mi vida. Tal vez estoy llegando al fin de ella, aunque tengo esperanzas de sanar y volver a tu lado. El mal de Lázaro me tunde las extremidades sin misericordia. Había sentido antes fuertes retortijones en el intestino y dolores de cabeza que me dejaban atolondrado. Ante el aumento de mis padecimientos, decidí hacer estas notas para ti, amor mío, sin ocultarte que para mí son muy importantes, porque al redactarlas me percato más claramente de mi situación. Quiero dejarte un recuento de mi vida y milagros, como lo hice en aquellos apuntes que fui pergeñando sobre la espantosa

comisión que tuve en Estados Unidos, hace catorce años. Te cuento primero sobre mis padres y algunos seres queridos. Quiero también reconstruir algunas historias de nuestra península de Yucatán. Después de todo a este país me debo. Desde niño empecé a tocar sus linderos marinos y fui conociendo su húmeda geografía, su cálido humor, los efluvios de su tierra caliza. He averiguado su historia milenaria y centenaria, pero sobre todo he ido buscando el sentido humano de su historia, como tierra misteriosa rodeada de agua por todos lados: salada en sus costas, dulce y transparente en sus ríos subterráneos, contenida en las nubes blanquérrimas que se deshacen en lluvias torrenciales por largas temporadas. Tengo especial interés por decir qué es Yucatán como entidad cultural y política.

Desde que nos independizamos de España y nos sumamos a México, hemos ido sintiendo cada vez más intenso el conflicto. Tal vez ahora que amaina la guerra de castas, puedo describir para ti y los míos, la sociedad confrontada que somos y algunas ideas para guiarnos hacia el porvenir.

Los últimos días antes de empezar estas notas, me la pasé entre dolores del cuerpo y del alma. He estado memorando escenas de sangre y fuego, que sumadas a mis calenturas, me asaltaron largamente con pesadillas acuciantes. Ahora que tengo un poco más de paz, he decidido escribirte estas líneas, Conchita. A ti que eres mi mayor vinculación con la vida, y a mis hijos, que son mi trascendencia en ella.

Me invadió esta enfermedad que es vieja conocida de la humanidad. Ya se hablaba de la lepra en la India, en China y en papiros egipcios. Tengo especialmente presentes las descripciones dramáticas de la Biblia que revelan las ansias de curación. A leer el libro sagrado de los judíos la encontré como una maldición de Yahvé. Y sólo la identifiqué plenamente en mí cuando me empecé a llenar de úlceras en piernas y brazos, aunque hasta ahora no en el rostro, que podría ser lo más lacerante, porque quedaría expuesto a las miradas de todos. Lo que me está ocurriendo lo había leído

temerosamente en el Deuteronomio, desde que supe por primera vez que mi padre murió por este mismo padecimiento. El doctor Frutos me había dicho que se transmitía por contacto directo, por la saliva y las vías respiratorias, pero que había pocos casos que sugerían una transmisión hereditaria. Tal vez el mío era uno de esos casos, porque yo tuve muy poco contacto físico con mi padre y pienso entonces que el mal entró en mí cuando fui engendrado.

En la soledad de convento volví a leer el texto bíblico que los frailes me dejaron en un atril sobre el pequeño escritorio de mi celda. Lo que encontré en el *Levítico* es esperanzador, porque narra la sanación de los leproso y su obligación, cuando se curaban, de presentarse frente al sacerdote para que diera fe de que estaban sanos. El sacerdote los examinaba y comprobaba que las llagas habían desaparecido. Mandaban traer entonces al que debía ser purificado, junto con dos pájaros vivos, y además madera de cedro, escarlata y un hisopo. El sacerdote ordenaba el sacrificio de uno de los pájaros y lo remojaba en una vasija de barro con agua fresca. Tomaba luego al pájaro vivo, junto con el hisopo y la escarlata, los remojaba en el agua con la sangre del ave inmolada y rociaba con ellos, siete veces, al que debía ser declarado limpio; finalmente soltaba al pájaro para que volara al campo.

Jesucristo en varias ocasiones curó leproso milagrosamente. Eso contrastaba con lo narrado en el Levítico, porque en el antiguo testamento no se habla de milagros, sólo se sugiere que ocurren. Yo creo, como sabes, en el Cristo taumaturgo, y espero que la fe me ayude a limpiarme. Reconozco sin embargo, que no tengo la confianza necesaria como la de aquel humilde leproso, que se arrodilló frente a él y le dijo:

- Cúrame, señor, límpiame por lo que más quieras...

Y siguiendo la tradición judía Jesús lo curó, le dijo que se fuera a mostrar al sacerdote y ofreciera la ofrenda prescrita por la ley de Moisés.

El repaso de mi vida y de la Biblia, que aprendí a leer con mi padrino, el padre Antonio, me hicieron posible quedar en disposición serena, lo que me pareció un primer paso camino a la sanación. La cura de este mal requiere un estado anímico de tranquilidad. Y si no me curo, de todos modos quiero esperar el fin con serenidad. Creo que se sufre menos de esa manera.

Toda la mañana de aquél día de octubre estuve rumiando escenas y otras que aprendí en los libros o de mis mejores maestros. Está próximo a concluir el año de 1860 y voy escribiendo estas notas a manera de memorias que son al mismo tiempo una conversación contigo. Al menos con esa idea las voy redactando. Con ellas también me ayudo a interpretar lo que me había ocurrido y lo que le ha pasado a Yucatán. Paso horas engolfado en recuerdos y escribiendo. Y ello me produce alivio, me permite olvidar un tanto la terrible condición que experimento. Y tengo la ilusión de que esta escritura sea un conjuro para invocar al cielo y ser sanado.

Al escribir mis recuerdos he sentido que me descargo de un peso enorme. Ignoro cuánto me falta para el final, pero hay momentos en que tengo la sensación de que está próximo. Y aún así mantengo la esperanza de que puedo curarme y volver a mi vida, a ti, a mis hijos, a mis amigos y a mi trabajo, que le daba sentido a toda mi existencia. Tengo tantas historias pendientes de recoger, tantos cuentos, narraciones y novelas que se me han ocurrido en estos días de aislamiento conventual. Algunas han sido como delirios.

Recuerdo mis últimos días en casa, cuando tuve la convicción de que mi existencia terminaba. Había decidido refugiarme en el convento de La Mejorada. Conchita no quiero por ahora que tú y mis hijos sepan de las dolencias que padezco. Mucho menos que vean crecer las deformaciones, si éstas llegan a brotar en mi rostro.

Afortunadamente, hasta que me fui al refugio del convento, pude mantener las llagas sólo en las extremidades, y las fui cubriendo con vendas y ropa larga. El calor intenso y la humedad abrumadora me hacen sentir muy incómodo. No aguanto lo pegajoso de mis ropas interiores sin orear. Eso explica también, querida Conchita, la necesidad que sentí de estar aislado para dispersar el hedor de las purulencias. Por eso decidí que era mejor encerrarme en un sitio donde pudiera usar ropa ligera y limpiar mis heridas a cualquier hora, sin la pena de ser visto. Una de mis hermanas, Epifanía, me propuso este reducto cuando supo que mis dolencias se incrementaban. Mis hermanas, Epifanía y Cayetana, mayores que yo, conocían el medio benéfico, donde habían estado envueltas en oración desde su niñez, sahumadas por inciensos perfumados, bordando y cantando. Ellas me visitan en La Mejorada, un convento cuyo nombre augura alivio.

Cuando hablé del traslado con el doctor Frutos y le consulté mi decisión, él opinó que era correcta por distintas consideraciones incluyendo la de evitar el contagio. Él había constatado que los daños avanzaban. Lo hablé después contigo, Conchita, que ya sabías de mis dolencias. Me dijiste entonces, llorando, que entendías mi decisión de mudarme. Y empezaste a vestir de negro, como viuda, desde que vine al encierro de La Mejorada.

¿Recuerdas que hacía algunos meses habíamos decidido tener habitaciones separadas? La justificación para nuestros hijos y el servicio de la casa fue que yo leía y escribía hasta altas horas de la noche y no quería incomodarte. Pero tú sabes que la verdad es que empezaba a estar muy llagado y no podía limpiarme con libertad cuando estabas cerca de mí. Me daba pena que vieras mis heridas y no quería quejarme delante de ti. Tú sabes que la queja produce un cierto alivio y yo no podía quejarme. El médico me había dicho:

- Justo, límpialas con agua hervida, y no dejes de usar este aceite de

chaumugra que te traigo, porque te servirá para cerrar las heridas, cauterizarlas un poco y quitarles el mal olor.

- Así lo haré, mi querido médico, pero no sé cuánto tiempo podré resistir esta situación...

- Creo que ése es un cálculo que debías apartar de tu mente. Lo que puedas hacer para quedar aislado será bueno. Curiosamente, para seguir teniendo la consideración de los tuyos, necesitas poner distancia prudente de ellos. Eso traerá a todos mayor tranquilidad. Y para ti será una descarga... y si logramos, como espero, dar con la cura, podrás regresar a casa. Te visitaré frecuentemente y llevaré noticias tuyas a tu esposa.

- Eso haré, doctor...

Y me mudé a La Mejorada pensando que algún día podría soltar el pájaro bíblico de mi agradecimiento.

Desde que me trasladé al convento me sentí más tranquilo. Aunque no he dejado de tener esos dolores intestinales y fiebres, las atempero con la aplicación de compresas de agua fresca, tomando algunas infusiones con adormideras y meciéndome en la hamaca. He sentido el disfrute de la limpieza que me da el agua de lluvia. Me la traen del aljibe las discretas monjas. Y también he percibido con regocijo las brisas acariciando mi piel lacerada con la ayuda de las brisas, y cuando no sopla el viento, con del movimiento amable de la hamaca.

Mis hermanas prepararon mi habitación en una celda amplia. Incluyeron en ella un escritorio y los documentos que me ayudan a repasar, aunque sea entre brumas, mi vida y la historia de Yucatán. Como sabes, aquí en este convento, hay una

formidable biblioteca y los monjes tienen conmigo la amabilidad de enviarme los libros que les solicito.

Cumplí cuarenta y seis años un mes antes de hacer este enclaustramiento. Y he venido repasando los principales acontecimientos en los que participé, las historias y leyendas de personajes yucatecos que recogí, algunos episodios de la Ciudad de México donde pasé temporadas largas, y de Washington, donde fui comisionado, como sabes, Conchita, para conseguir apoyo en la guerra con los indios rebeldes.

Estoy disfrutando la biblioteca del convento, que conozco bastante bien por haber trabajado en ella, durante mis mocedades, y luego para preparar diversos trabajos. Mi última tarea fue redactar, con ayuda de mis alumnos avanzados, el proyecto de Código Civil que me encargó el presidente Benito Juárez; ello me permitió actualizar los libros y documentos que aquí se conservan. En esta biblioteca amada, puedo disponer de muchas obras, periódicos, revistas y papeles viejos de la historia yucateca. También pido otra literatura de vez en cuando, especialmente algunas novelas conocidas de las que releo algunos pasajes y encuentro sentidos que no advertí la primera vez.

He recordado con especial intensidad mi viaje a Estados Unidos, único país extranjero en el que pasé un prolongado tiempo que, por lo ingrato de la misión, se me hizo eterno. Y ahora aquí, en este ambiente conventual, estoy volviendo a sentir las angustias de aquellos fatídicos tiempos en los que la guerra de castas asoló Yucatán, mientras yo pedía auxilio a los gringos.

Rumié el sentido que tuvieron los periódicos que hice, las leyendas que recogí, los relatos coloniales y de piratas que fui pergeñando, los registros de la historia del pueblo maya, y algunos relatos sobre sus orígenes, sus símbolos, su lengua, su arquitectura, pintura, música, ritos, mitos y supersticiones. Me interesó escudriñar sobre las personas que existieron entre ellos, sus sacerdotes, los mágicos chilames

que sabían de dioses misteriosos y los eficaces *h'men*, que curaban con yerbas, abluciones y cánticos profundos.

He estado teniendo presentes también las implacables acciones de los indios rebeldes realizadas con crueldad abismal durante esta guerra devastadora que aún no concluye, aunque se hubiera alejado de las regiones más pobladas de la península.

Te confío, Conchita, que se me evaporan las imágenes de muchos acontecimientos que quiero recordar con precisión sin conseguirlo plenamente. Por momentos sólo aparecen escenas que me mordieron el alma. Puedo evocar apenas algunos hechos ocurridos en el internado en el que viví de niño, custodiado por monjas vigilantes. Allí realizaba mis tareas escolares y jugaba con mis compañeros en los ratos de recreo. En una de esas tareas estaba cuando llegó hasta el salón donde hacía mis ejercicios caligráficos, don Antonio Fernández Montilla, sudoroso y atribulado mi padrino y tutor que visitaba frecuentemente aquel corral de escolapios en el que me habían metido. Desde la puerta pidió a la monjita que me sacara al corredor. Después, caminando lentamente bajo la arcada, me contó de la muerte de mi padre. Yo había sabido poco de él, porque mi madre, doña María Sierra O'Reilly que vivía a su lado, casi no me lo mencionaba. Y menos me había dicho de los terribles dolores que padeció el cura Domínguez y que ahora yo sentía en mi cuerpo y en mi espíritu atribulados.

- Justo, querido hijo –me dijo entonces don Antonio-, vengo a verte con una misión muy triste...

- Si, padre -balbuceé secundando el tono contristado del sacerdote-

- Soy tu padrino, pero en adelante seré tu padre, porque tu progenitor -me dijo sin que entendiera bien entonces de que me hablaba- murió hace unas horas...

- ¿Murió don José María? -pregunté-

- Sí, hijo -respondió compungido-, se fue entre sufrimientos terribles que padecía desde hace tiempo... Dios lo tenga en su gloria... Me pidió que te trajera su última bendición... Tu madre también me suplicó que viniera a verte... Ella se quedó en Hunucmá organizando el velorio de mi querido padre Domínguez...

Supe después que papá murió a causa de esta misma enfermedad que tengo. Aquella visita anunciadora de su muerte me quedó flotando en la memoria tan vivamente, que todavía puedo evocar las palabras de mi padrino.

Seguí rumiando mis años posteriores, las vagas imágenes y los íntimos sentimientos de aquella nublada tarde en que me fue anunciada la muerte del cura Domínguez. Tengo muy presentes los ojos tristes, llorosos, de don Antonio. Lo que me cuesta mucho trabajo es pronunciar el apellido de mi padre, que nunca fue el mío. Mi hermano Manuel Antonio y yo crecimos y nos hemos identificado con el apellido de mamá. No puedo evitar que me resulte dolorosa esa cuita. Y ahora, a mis años, caigo en la cuenta de que la enfermedad que tenía, es la misma que padeció mi padre biológico. Y entiendo el sentido que tuvo para mí aquel acontecimiento, que me trajo una inexplicable sensación de descanso anímico. Pero disimulé esta última experiencia y puse cara de circunstancia, dejando ver que me había percatado de la muerte de mi padre.

Por otra parte, la presencia del cura Domínguez fue, durante muchos años, una especie de reclamo que sentía, por haber tenido una existencia espuria. Cargué con ese fardo hasta la adolescencia y la temprana juventud. Todavía hoy, que soy hombre de familia y tengo algunos méritos por el estudio y el ejercicio como juez, por mis trabajos de historia, literatura y periodismo, siento el peso de aquel sentimiento que nunca me abandonó del todo.

Tal vez por eso, Conchita, mi niñez me resulta evanescente. Se me escapan vivencias, porque yo mismo quiero borrarlas. Con cuarenta y seis años encima, he comprendido que sufrí un fuerte sacudimiento del espíritu que me dejó marca.

Apenas puedo recordar cómo era el pueblito de Tixcaltuyú, donde pasé los primeros meses de mi vida. Logro imaginar a don José María Domínguez en los corredores de la pequeña casa parroquial donde me lo tropezaba. Y siento que sólo conservo datos vagos de entonces, que se prendieron levemente de mi memoria. Creo que tengo esos recuerdos un poco más vivos por las visitas que hice a ese pueblito muchos años después. Supe luego, estudiando historia y geografía de Yucatán, que había sido una villa dentro del antiguo cacicazgo de los cocomes, la feroz tribu asentada en el centro de la península, que presentó gran resistencia a los conquistadores españoles. Era la misma tribu maya a la que perteneció el caudillo más radical de la guerra de castas: Cecilio Chi.

Mi madre me contó cuando tenía cinco años, sobre el traslado de mi padre a Hunucmá, para convertirlo en el párroco de esa población, mucho más importante que Tixcaltuyú. Ese año fui separado de mis padres y entregado a don Antonio para mi educación. Don José María murió un año después. Y yo sólo vine a saber de su enfermedad cuando tuve la mayoría de edad, porque hasta entonces me lo comentó mi madre. Así supe que era una enfermedad agravante, y tuve desde entonces el temor de que me brotaría en cualquier momento. El sentimiento de que la llevaba en mi sangre nunca me abandonó.

Me esfuerzo por hacer presentes las experiencias de los primeros años, con el afán de entender mi crecimiento y las impresiones iniciales que influyeron en mi formación. Si pienso en los lugares, puedo llegar mentalmente a Hunucmá mucho más fácilmente que a Tixcaltuyú, tal vez porque allí pasé temporadas durante tiempos de niñez y juveniles, cuando visitaba a mi madre viuda.

Al principio mis padres vivían en una parte del convento de San Francisco. Había sido construido en el siglo XVI y tengo muy presentes sus muros anchos y caleados, sus altos techos y un patio central donde se cruzaban golondrinas vertiginosas con los olores de leña, pucheros y cocidos que salían de la cocina. En ciertas horas los olores de la comida se mezclaban con los del incienso, que venían de la enorme iglesia contigua a la casa parroquial.

El convento de Hunucmá era enorme y laberíntico, al menos así lo sentía cuando era niño. De sus paredes colgaban imágenes enmohecidas de vírgenes dolientes y santos melancólicos. También tenía cuadros casi desvanecidos, carcomidos por el tiempo y deslavados por la humedad. Hunucmá estaba cerca del mar, a unas leguas del puertecito de Celestún, que significa en maya “agua de la ciénaga”. Ese pueblo me resultaba representativo de la península de Yucatán, porque es una población rodeada de agua por todos lados y por la naturaleza que exuda humedad a toda hora amortiguando el calor calcinante del sol.

Mis padres permanecieron habitando aquejo convento, hasta que sobrevino la muerte de mi padre. Entonces Yucatán era todavía una Capitanía General de la colonia española.

Tuve pocas oportunidades de mantener relaciones con mi padre. Los cortos periodos que viví a su lado, se redujeron todavía más, porque era muy pequeño cuando me llevaron a Mérida y me apartaron de la casa de mis padres.

Los escasos contactos que tuve en mi niñez con el cura Domínguez me explican ahora por qué me había quedado aquella idea de que mi padre me evadía para no explicarme nada de lo que éramos el uno del otro. Será por eso que, el día que me comunicaron su muerte, no tuve sentimientos de orfandad. Había sentido muy poco la presencia de la figura paterna. No puedo recordar una mirada afectuosa de él, menos una caricia o gesto de ternura. Esa distancia me habló después de su culpa, de

la violación larga del celibato que había comprometido con su voto de castidad, cosa que yo entendí solamente un buen tiempo después. Tal vez él ponía distancia entre nosotros, porque ya le habían empezado a surgir los síntomas de aquella terrible enfermedad que ahora me acosa.

La orfandad que sentía era sólo paterna, porque mi madre siempre estuvo presente en mi vida hasta que tuvo aliento. Ella sí con caricias y consentimientos, preparando en casa los alimentos y en especial riquísimos dulces de coco y limón, horneando succulentas tortas de cielo preparadas con almendras molidas, y amasadas con harina y miel de abeja. Así la recuerdo, como una matrona vigorosa, trabajadora, siempre pensando en darles gusto a sus hijos. El trato con mi madre me dejó un poco más vivos los datos de mi origen y los recuerdos de mi niñez y adolescencia, en las que tuve continuas visitas suyas. Después de todo yo era su *shtup*, como se dice en maya, o su benjamín como decíamos en castellano, porque fui el menor de sus cuatro hijos.

Ya siendo adulto entendí más claramente las razones del desprendimiento temprano del hogar paterno. Al principio la pasé muy mal en aquellos recintos y aulas en las que estaba muchos días de calurosas horas. Aquel convento no tenía nada de hogar como el que he tenido contigo y con mis hijos, querida Conchita.

Durante los primeros estudios que realicé en Mérida, al cuidado del padre don Antonio, extrañaba los afectos de mi madre y de mi nana, que me enseñaron la religión cristiana, las primeras letras y también a hablar un poco en maya. Mi nana me contaba historias de aparecidos y de sustos, consejas del demonio que vivía en la oscuridad y que llamaban *uay chivo*. También por ellas supe de las rebeliones como la de Jacinto Canek en el pueblo de Cisteil a finales del siglo pasado, ese indio irreverente, que se echó encima el vestido de la virgen, para cubrirse con algo sagrado y concitar así a sus seguidores, en un movimiento frenético, sólo explicable por la

acumulación de agravios que los mayas habían guardado rencorosamente en su memoria.

II Agua de augurios

La piedra había sido labrada por Cecilio. Era una laja cuadrilonga preparada para recibir y contener agua del cielo. Una piedra de patio arrancada al suelo y labrada con el mismo cuidado con el que se tallaron las pirámides. Cecilio Chi aprendió de su padre a trabajar la piedra y otros oficios. Ellos pertenecían a una familia de mayas cocomes, habitantes de las tierras bajas en la península de Yucatán. Los cocomes tuvieron su asiento en el centro de la península, alrededor de la Villa de Sotuta, que fuera cabecera de un reino, antes de la llegada del Adelantado Montejo con sus soldados de armaduras chirriantes y caballos de belfos espumosos.

La pequeña pileta de piedra concavada servía a simple vista como bebedero de aves en el solar de los Chi. Pero en realidad tenía una función más acuciante sólo conocida por Cecilio, quien en realidad había construido su significado trascendente. Algo sabía la familia, pero lo que ella representaba verdaderamente había quedado como un tema misterioso. Los miembros del grupo familiar eran desde hacía más de un siglo, habitantes principales del pueblo de Tepich. Se sabían miembros de una

dinastía de cocomes con tareas en el porvenir y sentían que su linaje venía de muy atrás y llegaría lejos.

Los Chi tenían un patronímico húmedo. Su significado era concreto como el de todos los nombres mayas: boca de pozo, orilla del agua, ribera, borde de tinaja fresca, brocal, entrada de cenote. Húmedo como el ambiente de la península, como las mañanas cargadas de rocío de todos los días. Húmedo como el origen de todas las cosas buenas. El significado de su propio nombre, Chi, le había servido para construir su símbolo augural. Además la piedra estaba trabajada por su mano de cantero brujo, para extraer de ella lo que el destino le deparaba.

Los Chi se habían desplazado del centro de la península al oriente, huyendo de la dominación directa de los españoles y de sus descendientes. Hacia el oriente buscaban los mayas su refugio. Así estaba prescrito. Era la dirección benéfica, la zona que los cobijaba con su selva tropical llena de pájaros, frescas aguadas, caza abundante, lluvias torrenciales y otras bendiciones de la naturaleza. Al este de la península se encontraban más fácilmente los dones de los dioses.

Cecilio era el *batab*, jefe reconocido por los suyos en Tepich. Esa comunidad articulaba un centro de población en el que se conjugaban otros poblados, aldeas y ranchos, ubicados a varias leguas a la redonda. El liderazgo de los Chi lo recordaban y reconocían los habitantes de aquellos rumbos de varias generaciones atrás. Tepich se ubica entre dos villas señoriales dominadas por los criollos y mestizos, Tihosuco y Valladolid, pero a diferencia de éstas, estaba habitada en su mayor parte por población maya. En Tepich sólo se oía hablar el idioma de Nachi Cocom. Eso ocurría en la mayor parte de las poblaciones medianas y pequeñas del oriente y del sur de la Península, porque los pocos blancos que había en ellas también hablaban maya.

El recipiente de agua en el patio de los Chi, estaba al aire libre y reflejaba las nubes en movimiento por las mañanas y una selección de estrellas al oscurecer. Era

espejo del cielo, captaba tormentas, contenía sus significados y la fuerza que transmitían los rayos solares portadores de la voluntad deslumbrante de *Kinich Kakmoo*.

La división entre sagrado y profano no existía para Cecilio y los suyos. Esa separación era cosa de los blancos y era una de las fuentes de su perdición. Los verdaderos hijos del Mayab sabían que el mundo era orgánico y que todo en él estaba comunicado: los hombres con sus pasiones y saberes, los animales con sus instintos, las plantas con sus frutos y sus aromas, y los dioses con sus designios superiores y también con sus caprichos. Era un mundo sostenido por los cuatro *bacabes*, atlantes de su cosmogonía. El universo de los mayas contenía al mismo tiempo la vida de los hombres y el aliento de los dioses, el mundo y el inframundo, el poder divino y el esfuerzo de los seres humanos hechos y sustentados por el maíz. Así, aquella fuente de piedra era al mismo tiempo bebedero de pájaros y receptora de los mensajes celestes.

Ese pequeño abrevadero de aves, retrato móvil de lo alto, era para Cecilio fundamentalmente un continente de augurios. Cumplía para él una función de oráculo. De vez en cuando, el *batab* sentía un llamado especial de la pequeña fuente, una atracción personal y telúrica. Entonces se preparaba y ayunaba tres días antes de asomarse a la pequeña oquedad pétreo, para mirar su fondo invocando a su cercano *Chaak*, dios del agua, en espera de inspiración para conducir a los suyos. La comunicación de lo alto se propiciaba con el sacrificio del ayuno, con el apartamiento de las relaciones carnales, con la disposición de la mente en la dirección de los astros que se podían descifrar en su amable reflejo. Entonces la mirada transida de Cecilio Chi se iba hasta el fondo del bebedero, que se hacía en ella profundo y proceloso, y empezaba a mostrar su coloide de auspicios. Aquellas introspecciones acuáticas se iniciaban en el momento en que el sol se ponía y duraban a veces varias horas. Cecilio había concebido así algunas ideas sobre la liberación de los suyos. Porque Cecilio,

como todos los mayas que se desplazaron hacia el oriente, jamás habían dejado de pensar en sacudirse la férrea dominación de los encomenderos españoles y sus descendientes, a quienes llamaban *dzulob*, o en expresión castellanizada, dzules.

Los mayas habían aceptado el trabajo de los misioneros y apreciaban especialmente a algunos de ellos que los defendían. Pero en general tenían un profundo desprecio por los blancos. Y también se sabían despreciados, engañados y humillados en el mundo de los blancos, que frecuentaban lo menos posible. Había mayas domesticados que servían con obsecuencia a sus amos; muchos de ellos estaban acasillados en torno de las haciendas del centro y norte de la península. Otros en cambio, como los Chi, habían interpuesto una distancia notable y participaban poco del mundo de los blancos.

oooo

En tiempo de lluvias el bebedero mágico de Cecilio recogía el líquido celeste. En los estíos era colmado por el propio Cecilio o alguien de su familia con agua del pozo doméstico. Cuando el *batab* de Tepich tenía oportunidad, traía en su calabazo un poco de agua virgen de algún cenote sagrado, o purificada, filtrada por las estalactitas de las cavernas y después serenada. Si tenía que ir a *Zací*, llamada por los blancos Valladolid, población oriental mayor, pasaba por el cenote de Dzinup, rodeado por una gran cueva de oscuridades luminosas y azuladas. Allí el agua fluía humedeciendo el vuelo ciego de los *sotses*, goteando rocío domesticado por la piedra y vahos mágicos que venían del centro de la tierra. Cecilio descendía por las escalinatas que conducían al cenote, librando el vuelo de murciélagos cavernarios y ponía su calabazo bajo el goteo de alguna estalactita.

Durante las largas tormentas tropicales la piedra del patio de los Chi rebosaba. Según le había dicho a Cecilio el viejo *h'men*, yerbero y quiromántico de Tepich, después de las precipitaciones torrenciales era cuando mejor recibía los mensajes celestes, de la misma manera que el maíz, el frijol, la calabaza y el chile de las milpas sorbían la vida que venía de lo alto. Así pues, antes de que empezaran a caer las fuertes lluvias, sacaba el agua virgen destilada por las estalactitas y vertía un poco al bebedero para enriquecer su contenido.

El recipiente cuadrangular era una de las piedras que guardaban el tiempo, aunque en forma sencilla. Como lo hacían los calendarios, las estelas o la pirámide de *Kukulkán* en Chichén Itzá, en el bebedero de aves se podían contar los tiempos, los *tunes* y los *katunes*. Eso creían Cecilio y su gente. Hacía mucho tiempo, ellos habían perdido el arte preciso de contar los días y relacionarlos con el movimiento de las estrellas. Pero seguían creyendo que los tiempos traían acontecimientos formidables y terribles desgracias, que podían verse con anticipación.

El paso de los días o de los ciclos, mágicamente registrados por el agua de augurios, podían activar la revelación y entonces se perfilaban hechos futuros, o se sugerían indicios de las disposiciones de los dioses. Era una fuente de fatalidades. Por eso el *batab* de Tepich, hijo de cocomes, tenía que estar pendiente, escrutar con atención, escudriñar afanosamente el pequeño manantial del destino. Él era Chi y estaba al borde húmedo de los auspicios, era boca de cenote, la entrada misma del sino de los suyos.

Cecilio se acercaba a la piedra continente de barruntos y buscaba ansiosamente signos. Como *batab*, estaba convencido de que tenía que desentrañar los mensajes que enviaban las divinidades protectoras que, a pesar de todas las desdichas sufridas por más de tres siglos, no los habían abandonado. Aquellos polifacéticos dioses: las cuatro advocaciones de *Chaak*, las cuatro formas de *Kinich Kakmó*, *Ixchel* y sus cuatro rostros de diversos colores, los cuatro *bakaboob*, y, sobre todo *Itzamná*, hijo del dios innominado, *Hunab Ku*, Señor supremo.

El jefe sobreviviente de los cocomes sabía que para llegar a la profundidad de los símbolos contenidos en el agua auspiciosa, debía tener un estado sobrio, con todos sus sentidos abiertos para sintonizar la recepción de los mensajes. *Kin* era cada día con su noche. Después de tres kines de ayuno empezaba a sentir disposición para asomarse al agua reveladora. Pero no siempre tres kines eran suficientes y entonces permanecía en la abstinencia cuatro, cinco y hasta siete kines, tomando sólo un poco de pozole dulce al caer cada tarde.

La pequeña fuente de augurios difícilmente se secaba. En las ausencias de Cecilio, la familia la mantenía llena de agua y limpia de hojas, frutos de los ramones, plumas de aves y otras impurezas que los vientos alojaban en el espejo pétreo. Si llegaba a vaciarse, el jefe maya se turbaba profundamente. Esa oquedad le zamarreaba el alma. Todos los habitantes de la casa del *batab* estaban en el secreto y

evitaban al señor de Tepich el disgusto de que viera el fondo reseco. Llenaban de inmediato el continente cumpliendo de paso con una función natural, que agradecían las aves del cielo y de la tierra.

Cada tarde cuando Cecilio regresaba de la milpa, antes de tomar sus alimentos, pasaba a revisar el bebedero. Si no lo encontraba completamente lleno y limpio, él mismo iba al pozo, sacaba a pulso un balde de agua para refrescarse y asearse, y después invariablemente colmaba su fuente de inspiración. Pero se llegaba a dar el caso de que la piedra sortílega quedara vacía. Los intensos calores de la península, la terrible sed de los pájaros libres y de las gallinas y pavos del patio, daban cuenta del agua. Aquellas ocasiones en que Cecilio encontró vacío el bebedero, sentía de inmediato una sensación extraña en el vientre, sudaba frío, su piel se erizaba, sentía golpes de sangre en las sienes y la angustia se apoderaba de él por largas horas. Mirar directamente el fondo reseco de la piedra le producía una dolorosa oquedad en el plexo solar. Por más que procediera a llenar la fuente de inmediato, quedaba invadido por terribles presentimientos. Era como si los espíritus y los dioses malignos del inframundo se hicieran presentes para acosar su ánimo, rodearlo de inseguridades y reconcomios. Aquellas pocas ocasiones terribles en que Cecilio había encontrado la piedra sin agua, difícilmente podía conciliar el sueño. Se revolvía largamente en su hamaca y cuando lograba dormir por breves lapsos, tenía sueños macabros y despertaba sobresaltado, bañado en sudor, jadeando, aterrorizado. En aquellas pesadillas Cecilio se veía atormentado y muerto de diversas formas, todas ellas sangrientas e infamantes.

oooo

El jefe maya de Tepich se había criado como un campesino, con especial conciencia de lo que representaban las obligaciones de un conductor comunitario. Su

padre también lo había sido y le fue transmitiendo con cuidado reverencial los elementos que configuraban la responsabilidad de dirigir a la comunidad, a la par que los secretos de la agricultura en aquellos suelos duros y difíciles. Cecilio fue el hijo mayor y por tradición heredó la posición de *batab*. Aprendió en primer lugar a consagrar y cultivar la tierra. Desde que era niño acompañaba a su padre a la milpa. En ella se cultivaba el maíz y, a la vera de la planta fundamental, se sembraban calabaza, frijol, *ibes* y chile.

El maíz era el alimento de la vida material, aunque no era menos importante que la planta y el grano que ligaba con los dioses. En realidad el maíz era una especie de dios o materia divina. Cecilio lo sabía Cecilio porque le había sido transmitido a través de generaciones. Los hombres fueron hechos de maíz y por eso resistieron y persistieron. Hubo en otro tiempo anterior hombres producto de otras creaciones, hechos de madera o de barro. Fueron seres débiles que no subsistieron mucho tiempo. Sólo los hombres de maíz, venidos de la quinta creación que hicieron los dioses, pudieron reproducir la vida, contar los tiempos, esculpir las piedras con referencia a las estrellas y construir pirámides de exacta orientación. Ellos eran de maíz y toda la naturaleza quedaba unida por la maravillosa planta que sostenía la vida entera de los habitantes del Mayab.

El maíz era el centro del universo. La deidad más diariamente invocada, la de las ceremonias temporaleras y las reverencias cotidianas. Esas deidades estaban en el corazón de cada cultivador de la milpa. Los labradores empezaban a pensar en los dioses del maíz desde que se levantaban antes del amanecer. Tenían una actitud mística en relación con todas las deidades de ese cultivo que eran muchas, todas ellas variables, metamorfósicas, casi siempre con cuatro advocaciones, transformándose por la noche en seres perversos del inframundo, refulgiendo en el día por obra y gracia de *Kinich Kakmó*, fuerza generadora, vínculo sagrado con el mundo alto en el que moraban los espíritus superiores, don básico de *Hunab Ku*, guacamaya de fuego, Dios

único, el innominado, creador poderoso de todo lo que existía. El maíz mismo era tratado con reverencia, los mayas se referían a él como su alteza. Era el regalo mayor que los hombres habían recibido de sus protectores divinos.

Los pobladores del Mayab veían las milpas como aras trashumantes que perseguían la fertilidad para celebrarla. Eran altares porque conciliaban los intereses del cielo y de la tierra, los unían y les daban sentido y continuidad. Cecilio había grabado a gran profundidad en su corazón que las milpas eran para ellos el centro de realización, como le decía su padre.

Cuando el suelo de una milpa se cansaba, los cultivadores abrían otro que había venido siendo preparado con manos anticipatorias, cantos implorantes y ayunos propiciatorios. Antes de desmontar los lugares donde se iba a sembrar, la tierra era objeto de un barbecho místico. Los agricultores guardaban continencia durante días antes de sembrar, y hacían ofrendas para que el sagrado cereal tuviera una acogida digna, quemaban copal y finalmente sembraban la semilla en los cuatro puntos cardinales haciendo una cruz. Era el cruzamiento de los cuatro rumbos señalados por los *bacabes*, pero que después fue también la cruz de Cristo, que se metió hasta la entraña de los mayas, coincidiendo puntualmente con su rosa de los vientos. La milpa era, según había percibido algún misionero perspicaz, su último fin y bienaventuranza. El esfuerzo agricultor lo hacían con plena conciencia de estar en la milpa que era un ser vivo. Lo realizaban con veneración, con ceremoniosos acurrucamientos verbales, suspiros, invocaciones, libaciones y ablusiones. Como otros dioses, el maíz tenía cuatro advocaciones y otros tantos colores: amarillo, blanco, rojo y negro-morado.

El maíz era el centro sagrado de la vida. Por eso aceptaron muy rápidamente que los misioneros hablaran del pan de vida. Dios estaba contenido en el pan y se transformaba en alimento. “Este es mi cuerpo”, decían los sacerdotes blancos, y

confirmaban asintiendo los creyentes indios en las misas. La oración de la siembra que Cecilio Chi había aprendido decía:

“Oh Dios!, mi abuelo, mi abuela, Dios de las colinas, Dios de los valles, Dios santo. Hago mi ofrecimiento con toda mi alma. Tengan paciencia conmigo en todo lo que estoy haciendo, mi Dios verdadero, mi Virgen bendita. Es necesario que ustedes me lo devuelvan de buena clase, que me regrese embellecido, todo lo que aquí voy a sembrar, aquí donde tengo mi trabajo, aquí donde es mi milpa. Cuiden todo esto para mí, guárdenlo para mí, no permitan que nada le ocurra en todo el tiempo desde que yo lo siembro hasta que lo coseche.”

Cecilio había conocido también desde pequeño la ceremonia propiciatoria que se hacía a los *chaakoob*, dioses que hacen la lluvia. Esta ceremonia empezaba con la obtención del agua con la que se preparaban las comidas que iban a ser ofrendadas. El agua tenía que ser virgen también, como la que Cecilio usaba para purificar el pequeño bebedero del sino, agua de cenotes profundos y, de ser posible, filtrada por estalactitas. Al amanecer del tercer día, el *h'men* hacía una ofrenda de trece calabazas hondas y dos pequeñas llenas de *balché*, licor de maíz fermentado con una madera, especialmente apreciado por los *chaakoob*. Cuatro agricultores elevaban entonces un canto y, al terminarlo, el *balché* era distribuido entre los varones asistentes para purificarlos. Después se traían las aves, pavos y gallinas, y se tomaba cada una de las alas y de las patas por los cuatro concelebrantes, mientras el *h'men* vertía *balché* nueve veces en la garganta de aquellos animales. Purificadas las aves, eran sacrificadas y ofrecidas a los dioses de la lluvia. Trece veces se riega el *balché* hacia cada uno de los puntos cardinales y la bebida restante se distribuye entre los asistentes. Todos los presentes en la ceremonia liban pausadamente desde el amanecer hasta el mediodía. Entonces se ata a cuatro de los jóvenes por la pierna derecha, a cada uno de los postes cardinales de un altar construido para la ceremonia. Esos jóvenes simulan ser ranas que croan llamando a la lluvia. Luego aparece un

hombre viejo que ha sido seleccionado para representar al *chaak* principal. El anciano era conducido hasta las proximidades del altar. Llevaba un calabazo y una navaja de madera. La navaja simbolizaba el rayo. El viejo la blandía y al partir el aire hacía sonidos que imitaban las descargas eléctricas. Los asistentes lo miraban con recogimiento. El altar era un tramo de terreno lleno de alimentos y bebidas: trece jícaras con *balché* hasta el borde, nueve recipientes contenían el caldo de las aves sacrificadas, había también cuatro montones de tortillas hechas de maíz y semillas de calabaza. Después de aquellas escenificaciones todos se retiraban para que los seres divinos pudieran tomar la sustancia de las ofrendas en paz y sin ser interrumpidos. Los *chaakoob* consumaban su banquete en confianza haciendo que su presencia fecunda derramara después la humedad, reventara la semilla y permitiera el crecimiento de la planta de cabellera rubia. Cuando se calculaba que habían terminado su ingesta los dioses, regresaba el *h'men* y echaba un poco de *balché* sobre la cabeza del viejo que representa al *chaak* principal. Después los alimentos se repartían entre los asistentes, quienes los tomaban a pesar de saber que habían quedado vacíos de sustancia tras el banquete de los dioses.

ooooo

Cecilio había sido informado por su padre que él, como *batab* de los cocomes, tenía derecho a tomar de las milpas de sus vecinos elementos para su subsistencia y la de su familia, cuando por estar dedicado al servicio de la comunidad no hubiera podido alcanzar una cosecha propia. Era una especie de tributo al dirigente que se debe a su comunidad y que vive para dirigirla y encontrar las mejores formas para su defensa y promoción. Y la comunidad, en reconocimiento de ese liderazgo, retribuía al *batab*.

Cecilio también fue educado para desarrollar su trabajo de agricultor, de coadyuvante con la naturaleza para producir y colaborar con sus vecinos, para ser colectivamente como ellos eran, apoyándose, dándose alimento y afecto solidario.

Aquella primera mitad del año de 1847 había resultado especialmente inquietante para Cecilio Chi. El estío le resultó excesivamente quemante. El sol se incendiaba agresivo sobre las milpas. La lluvia llegó copiosa en los primeros días de mayo anunciada por deslumbrantes relámpagos y estruendosas descargas, como hacía tiempo no se veían y escuchaban. Varias ceibas de Tepich quedaron carbonizadas por la furia de los rayos. Cecilio sintió entonces una ansiedad especial. Algo le decía que le sería anunciado el duro destino para el que estaba preparado. Tenía veintiocho años y la convicción de que debería encabezar a su pueblo en una misión fundamental. Las flores de mayo aromaban intensamente, en especial durante las noches después de la lluvia. Tras una tormenta diluvial que empezó la tarde del cuatro de mayo y concluyó a las cuatro de la mañana del día cinco, Cecilio despertó y estuvo meditando hasta que salieron los primeros rayos del sol. Decidió que ese día iniciaría el ayuno, para asomarse al pequeño pozo de su nombre y su destino, y auscultar cuidadosamente su contenido agorero.

Siete kines ayunó Cecilio y al llegar a la última tarde fue a mirar su espejo celeste. Había oído decir al cura de Tepich que siete era un número cabalístico en la Biblia y en la predicación de Jesús. Cuando concluyó el séptimo día y se iban los últimos rayos del sol, estaba ya enfebrecido y percibió que de la profundidad de su piedra fuente salían llamas rojas, machetes y coas ensangrentadas.

El tiempo de la rebelión había llegado. Así lo sintió Cecilio Chi, húmedo anticipador del destino. Y había que prepararlo todo. Ya no tenía duda de que había que empezar la lucha liberadora. Cuando volvió de su trance, su brazo derecho estaba tenso como si hubiera decapitado a un hombre. Sudaba intensamente. Sus ropas de

manta cruda se le habían pegado al cuerpo empapado. No supo si lo había bañado una tormenta exterior, pero estaba seguro de que tenía dentro de sí una tempestad.

Temblaba. Se incorporó, controló su estremecimiento respirando profundamente y miró hacia lo alto. El cielo ya para entonces erizado de estrellas lo ayudó a serenarse. Cerró los ojos con recogimiento y sintió una especie de consagración para encabezar a los suyos. Un cefirillo refrescó el incendio de sus sienes. Se agachó y metió la mano en la piedra llena de líquido parlante. Y se refrescó con ella la cara como bautizándose para la tremenda empresa. Luego caminó seguro a su casa de paja. Su mujer lo vio entrar y supo enseguida que el ayuno y la distancia que los separaba habían concluido. Por la tarde, la mujer previsora había matado una gallina y preparó con ella un fuerte caldo perfumado con hierbabuena, cilantro y pimienta dulce de Tabasco. Después adobó la gallina con achiote encarnado. Cuando Cecilio pidió de comer, la mujer sonrió confirmando satisfecha el conocimiento que tenía de los tiempos y ritmos de su marido. Al acercarse Cecilio al fogón del hogar, su mujer lo vio empapado por el sudor y el agua de augurios. Tenía el jefe maya ojos todavía un tanto perdidos, con brillos febriles. Estaba pálido y extenuado por el ayuno, pero se le sentía seguro y hasta entusiasmado por haber recibido al fin la seña fundamental de su tarea. La mujer tuvo un inexplicable escalofrío y experimentó un sacudimiento parecido al que tienen las aves cuando están en los estertores finales después de que les han retorcido el cuello.

Cecilio tras merendar el sustancioso caldo y la braseada pechuga de la gallina, con tortillas de maíz tierno, recién echadas al comal casero, gozó de su mujer y durmió profundamente hasta la madrugada. Despertó bañado en sudor, se apeó de su hamaca de *soskil* y salió al patio de su casa a recibir el fresco de la noche, mirar por arriba del horizonte y hacer planes. El primer paso era convocar a los *bataboob* de la zona y planear con ellos la manera mejor para iniciar la rebelión manumisora, de la que tantas veces habían hablado, en recuerdo de Canek y de otros líderes mayas.